

¿BANCARROTA EN LA IGLESIA?

El Padre Andrew Greeley, famoso sociólogo norteamericano, acaba de hacer un estudio sobre el clero de su país. Dirigiéndose a un comité de obispos y sacerdotes que querían escuchar el resultado de su trabajo de investigación, dijo lo siguiente: «La honradez me exige decir que creo que la presente dirección de la Iglesia se encuentra de hecho en bancarrota moral, intelectual y religiosa».

El prestigioso Instituto de Sociología Aplicada de Barcelona I. S. P. A., dirigido por el sacerdote y sociólogo Rogelio Duocastella, acaba de hacer también un notable trabajo sobre diversos aspectos de la religiosidad en la diócesis de Barcelona. Y entre otros datos significativos ha averiguado que los asistentes a Misa los domingos, en el conjunto de esta archidiócesis, es del 17,5 por 100. Cifra que hace pensar en la situación real de un país católico en donde casi el cien por cien está bautizado y educado en la religión católica, pero que a la hora de la práctica obligatoria mínima exigida por las leyes eclesiásticas, nos encontramos con un porcentaje tan bajo, que no será muy distinto de lo que ocurre en otras ciudades y regiones importantes. Y esto, teniendo en cuenta que, dado el contexto anterior, hay todas las facilidades para el cumplimiento de este precepto. Añadiéndose a esta facilidad la ventaja social en cumplir tal obligación, como muy bien señaló hace pocos años nuestro actual Arzobispo de Oviedo en su primera pastoral al ser nombrado Obispo de Guadix.

De la misma manera, el Cardenal Tarancón, en unas declaraciones al periódico de Bolonia «Avvenire», afirma claramente: «La crisis de fe es general, y existe también en España».

Naturalmente que a esta difícil y nueva situación unos y otros dan soluciones más o menos acertadas que pretenden arreglar este problema nuevo en la historia del catolicismo.

No olvidemos que el catolicismo ha pasado por muchos avatares, estando unas veces en profunda crisis moral y otras en una situación triunfalista no menos peligrosa.

Pero lo que nunca le había ocurrido hasta ahora es esa crisis de fe general, que es manifiesta de mil maneras: unas veces será el descenso vertiginoso de la práctica de la Misa dominical; en otras ocasiones, la crisis se manifiesta en un distanciamiento de la Confesión, llegando en bastantes a un aislamiento de la misma. Y a menudo se plantea este problema a nivel doctrinal, y lo que antes producía congojas de ortodoxia, hoy se tiene por crítica legítima de posturas ideológicas anticuadas y anacrónicas, añadiéndose a esto la disconformidad, en el clero y en los seglares, por la forma de ejercer la autoridad que todavía suele existir en los altos estamentos eclesiásticos, sea Roma o sean las Curias diocesanas. Los temas que parecían intangibles en el Derecho de la Iglesia están hoy discutiéndose abiertamente, como son el matrimonio civil, el divorcio o el aborto en determinados casos límite.

Son muchos los que se encuentran asustados ante esta crisis tan generalizada, que se manifiesta en tantos campos y aspectos, y hacen esfuerzos por poner un dique a esta avasalladora corriente que amenaza —según creen— con producir una catástrofe.

Las soluciones escogidas son de muy diversos géneros. El Padre Greeley dice que en Norteamérica lo más urgente para el catolicismo es nombrar nuevos obispos elegidos por los propios sacerdotes en las diferentes diócesis del país, para así «recuperar la influencia perdida por la dirección de la Iglesia, para lo cual yo no veo otro camino». La razón, sobre todo psicológica, aportada por este sociólogo católico es que existe «un colapso de confianza, credibilidad y consentimiento» respecto a la actitud de la autoridad eclesiástica. Y piensa que por eso, «en general, el clero no acepta la enseñanza oficial de la Iglesia sobre la necesidad del celibato, del control de natalidad y del divorcio».

El Cardenal Tarancón da otras pautas de solución, que resume en sus declaraciones así: «Hay que cambiar muchos métodos de pastoral, y hay que encontrar todavía una imagen de la Iglesia y del sacerdote que pueda dar testimonio auténtico del Evangelio en una sociedad secularizada». Como aprecia cualquiera que lea esta frase, el punto de vista de nuestro cardenal

es bastante diferente del más espectacular preconizado por el sociólogo norteamericano.

Sin embargo, entre nosotros difícilmente aceptan los conservadores un planteamiento como el del Padre Greeley, ya que en seguida surgen libelos que con habilidad intentan denunciar cualquier accesión a puestos episcopales de hombres más jóvenes que podrían hacer lo que pedía el sociólogo USA que cito. Con una exageración manifiesta describe este libelo, circulado anónimamente estos días, la próxima renovación de cargos que va a haber en la Conferencia Episcopal Española como una «campaña electoral de Monseñor Echarren». Cosa injusta para todo el que conozca a este obispo lleno de cualidades humanas, culturales y religiosas, que si por algo se caracteriza es justamente por su sencillez, modestia y acercamiento a todo el mundo. Y nada más alejado de su idea y de quienes le conocen que organizar una «campaña electoral» que no tendría sentido. Lo que ocurre es que este joven obispo, a pesar de su valía, estuvo durante muchos años relegado injustamente al ostracismo, y ahora que se encuentra en una situación normal es apreciado espontáneamente por la casi totalidad de los ambientes católicos.

Nuestro episcopado —aunque sea todavía insatisfactoriamente— va rejuveneciéndose, y el Nuncio y la Santa Sede han ido eligiendo nuevos hombres que están más en la mentalidad actual para los diferentes puestos que iban quedando vacantes. Y por esta causa, de una situación mayoritaria super-conservadora que había en el episcopado español hace dos o tres años, hemos pasado, en las dos últimas Conferencias Episcopales, a una situación de moderada apertura en la mayoría. La única lástima es que el lastre de esta tradición conservadora es tan fuerte en el conjunto de nuestro episcopado, en mi opinión, que quienes entran de refresco quedan bastante apagados al cabo de poco tiempo. Cosa grave y que debía ser más meditada por ellos mismos para aguar menos el vino de sus posturas personales abiertas.

Dentro de esta campaña conservadora, que no quiere perder el primer puesto que ha tenido en las alturas eclesiásticas españolas durante tantos años, se cuenta el reciente «affaire» de la condenación o no condenación de las conclusiones de la Asamblea Conjunta de Obispos y Clero, que se realizó en el año pasado. Primero parecía que había —por parte de la Santa Sede— una expresa condena de las posturas mayoritarias adoptadas en esta reunión eclesiástica. Y la condena parecía venir de la Comisión del Clero romana, presidida por el conservador obispo norteamericano Monseñor Wright. Al día siguiente de esta noticia, la vimos desmentida en la prensa de una manera o de otra. Y por fin se han promediado las dos afirmaciones para llegar a aclarar diplomáticamente el portavoz del Vaticano, profesor Alessandrini, que condenación no había, sino lo único que existía era un estudio dirigido a los obispos de España, haciendo observaciones sobre determinados aspectos de esa Asamblea de obispos y clérigos, pero sin condenar nada ni obligar a nada; todo quedaba en una comedida reflexión sin más fuerza jurídica.

Lo que no cabe la menor duda es que resulta incomprensible que el presidente de la Asamblea Episcopal Española no recibiera este escrito, y fuese publicado, sin embargo, por nuestra prensa. Todo ello hace suponer que alguna mano conservadora —dentro o fuera de España— ha intentado tirar la primera piedra para procurar enturbiar las aguas, que, gracias a estas tímidas aperturas eclesiásticas (como la de la Asamblea Conjunta), se iban purificando y clarificando.

A todo ello debe añadirse otro aspecto de esta crisis: las reacciones de los grupos progresistas católicos en el campo social y pastoral, que darían lugar a otro comentario muy distinto, pero igualmente significativo de esta crisis, que unos llaman bancarrota y otros creen que es una crisis de renovación.

Yo, sin embargo, pienso que —a pesar de tener mucho de bancarrota— no es ni una cosa ni otra: lo que ocurre es que la Iglesia triunfalista de otros tiempos se está empezando a colocar —por la fuerza misma de las cosas— en el sitio que le corresponde, que es mucho más modesto de lo que había aparentado en nuestro país con su religiosidad folklórica, maravillosa y de conveniencia social o de poder dominador. Y si no lo hiciera ya de una vez, me parece que sus días estarían contados en un futuro no muy lejano.

MIRET MAGDALENA